

CRÓNICA ARQUEOLÓGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

VIII

LA ALCAZABA ALMOHADE DE BADAJOZ ¹

El recinto de la ciudad y el de la alcazaba.

Tiene su asiento Badajoz en una colina que bordea el Guadiana, en el vértice del ángulo que forma el río cuando tuerce su curso hacia el Sudoeste, para servir de frontera entre España y Portugal. Tal emplazamiento — en un ancho boquete entre la sierra de Montánchez y el río, en el camino más fácil y directo de Lisboa, es decir, del Atlántico, a nuestra meseta central — explica su historia de ciudad fronteriza, consagrada durante bastantes siglos a los dioses de la destrucción y de la guerra.

La parte más elevada del cabezo, a 60 metros sobre el río, está ocupado por la vieja alcazaba musulmana, cuyos muros, puertas y torreones no han sido estudiados, ni precisada la época en que fueron levantados.

La cerca que rodea esa alcazaba dibuja un contorno ovalado, de unos 400 metros de longitud en su eje mayor, cuya dirección aproximada es la Norte-Sur, y unos 200 de ancho medio, y está reforzada por torres intermedias.

Abriánse en sus muros tres puertas y un postigo. A Norte sirve de foso natural a la alcazaba el Guadiana, que antes pasa-

¹ Bajo este mismo título publiqué un artículo, en 1938, en la *Revista del Centro de Estudios Extremeños* de Badajoz (t. XII, pp. 225-277). Fué escrito en Soria, durante nuestra guerra, sin libros apenas que consultar. Suprimo de él toda la parte de divulgación histórica que no se relaciona con las construcciones subsistentes o de las que queda memoria; rectifico algunos datos y añado otros, recogidos en posterior visita.

ba a su pie; a fines del siglo XVI la acumulación de arenas había alejado algo sus aguas de ese lugar ¹. Al Este la protegía el arroyo Rivillas, cuya corriente se une a la del Guadiana bajo sus muros, y en ambos frentes presenta la colina considerable escarpe sobre la vega. Por los de Sur y Oeste se extiende, siguiendo la pendiente no muy rápida de aquélla, la parte vieja de la población, de calles estrechas y desiguales. Los muros exteriores de la alcazaba son, pues, los de los frentes de Norte y Este; para aproximarse a los otros dos era necesario penetrar en la ciudad, cuya muralla tiene hoy baluartes, fosos, glacis y fuertes exteriores que forman una interesante fortificación, levantada en gran parte en la segunda mitad del siglo XVII, con ocasión de la guerra de separación de Portugal, completada y reformada en los siguientes, y digna de conservarse por entero.

Sustituye esta muralla a otra anterior que, según la confusa descripción que de ella hizo Rodrigo Dosma (1533-1599) en la segunda mitad del siglo XVI, debía de seguir aproximadamente las líneas interiores de la actual, uniéndose con la de la alcazaba en lugares no muy distantes de aquellos en los que actualmente se juntan. Esa cerca tenía casi 2.700 pasos de a cinco pies o tercias de vara, guardando forma pentagonal. La protegía una cava o foso, hondo y limpio por entonces, al cual podían derivarse las aguas del Rivillas por los frentes de Mediodía y Poniente, yendo a verter al Guadiana aguas abajo del gran puente, dejando así a la ciudad convertida en una isla. En los lienzos de Sudeste y Sudoeste, unidos en ángulo obtuso en la puerta de Jerez, a la que substituyó la de Santa Marina, llamada modernamente del Pilar, había «arcos y caballeros salidizos torreados», siguiendo la disposición, al parecer, de las torres albarranas que más adelante se describen como formando parte del muro de Poniente de la alcazaba. Lo único conservado de la cerca de la ciudad descrita por Dosma es, a más de un pequeño resto de muros y torres ruinosos sobre el río, la puerta del Puente

¹ *Discursos patrios de la Real ciudad de Badajoz*, por el Doctor Rodrigo Dosma Delgado (Badajoz, 1870), p. 31.

o de las Palmas, edificada en 1551 y que ese autor nombra Nueva ¹.

La muralla de la ciudad, que ya en el siglo XIV se llamaba cerca vieja ², sería la de la Badajoz musulmana, reformada por las destrucciones acarreadas por el tiempo y las incesantes acciones guerreras. En el interior del recinto urbano no queda vestigio alguno de esa época, ni aun en el trazado de las calles más próximas a la alcazaba. Despoblada la ciudad varias veces durante la Edad Media, sitiada y asaltada repetidamente en todo tiempo, desaparecieron, con las modestas y reducidas viviendas moras, las calles y callejas que les daban acceso. El actual trazado viario debió de irse haciendo gradualmente, sobre campos de ruinas, a partir de los siglos XV y XVI.

Testimonios históricos que más adelante se citan prueban que, desde los últimos años del siglo IX, existían los dos recintos, el de la ciudad y el de la alcazaba. Tan sólo en épocas de gran decadencia y de grave peligro, los escasos habitantes de la urbe despoblada buscaban refugio en el recinto alto.

Restos romanos y visigodos
de una ciudad sin nombre.

El número de lápidas y de restos arqueológicos encontrados en el solar de Badajoz demuestra de manera indudable que hubo allí una población romana, cuyo nombre quedó olvidado tras el ilustre de la cercana Mérida. Hay que desechar el de *Pax Augusta* o *Colonia Pacensis* que desde hace siglos se le ha venido atribuyendo, a costa de la ciudad portuguesa de Beja, a la que en realidad pertenece. La fecundidad de la vega próxima y su situación dominante en donde el Guadiana cambia de dirección, justifican la existencia de una población romana, tal vez de un puerto de escala sobre el río Anas, tan frecuentado entonces

¹ *Op. cit.*, pp. 30-33.

² *Historia eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, por don Juan Solano de Figueroa y Altamirano, primera parte, III (Badajoz, 1931), p. 319, según los Estatutos de la Cofradía de la Concepción de Nuestra Señora, que Solano afirma son de mediados del siglo XIV.

por los navíos de comercio que lo remontaban hasta Mérida. Es posible que algún día el feliz hallazgo de una lápida revele el misterio en el que aparece hoy envuelto el nombre de la Badajoz romana.

Tampoco de la ciudad visigoda ha quedado rastro en las crónicas y memorias históricas; pero la permanencia de población en su solar y en esa época se comprueba por el testimonio, más firme aún que el que nos pudieran proporcionar aquéllas, de los restos arquitectónicos conservados, cuyo número y volumen descartan la hipótesis de que se llevasen posteriormente desde Mérida.

Fundación de Badajoz en el siglo IX. —
Referencias a construcciones de ese siglo y del XI y restos probables de las últimas.

Tal vez en el siglo IX estaría despoblada la urbe visigoda, ya que los escritores árabes Abū-l-Fidā' y al-Bakrī afirman que la fundación de Badajoz es moderna. El segundo dice en sus *Masālik*, escritos en 460 = 1067-68, que la construyó 'Abd al-Raḥmān 'b. Marwān, apodado al-Ŷilliqī (el Gallego), autorizado para ello por el emir 'Abd Allāh (888-912) y con recursos y obreros proporcionados por éste. Los pobladores serían probablemente, en su mayor parte, gentes de Mérida, entonces en plena decadencia. Cuenta también al-Bakrī que el Gallego empezó por edificar la mezquita mayor de ladrillo y argamasa, excepto el alminar, para el que se utilizó exclusivamente la piedra; en el interior del santuario se reservó el lugar para una *maqṣūra*. Construyó también otras varias mezquitas, entre ellas una en el interior de la alcazaba, y unos baños junto a la puerta de la ciudad. Las murallas de ésta levantáronse de argamasa ¹.

No concuerdan estos datos, recientemente publicados, con los recogidos hace años por don Francisco Codera y por Dozy en las obras de Ibn Sa'īd, Ibn 'Idārī, Ibn al-Qūṭiyya, Ibn

¹ *La Péninsule ibérique au moyen-âge d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-Mi'tār*, por E. Lévi-Provençal (Leiden, 1938), p. 46 del texto y 58 de la traducción.

Hayyān e Ibn al-Atīr ¹. Según algunas de esas referencias, el nombre de Badajoz aparece por primera vez en la Historia, bajo la forma árabe de *Batalyawz*, en el año 261 = 875. En su solar, ocupado entonces por una aldea, fundó una ciudad fortificada °Abd al-Rahmān, hijo de Ibn Marwān el Gallego, joven y audaz renegado de Mérida, sublevado contra el emir cordobés Muḥammad I, de cuya guardia formaba parte. Ibn °Idārī afirma que Badajoz era entonces una alquería, aunque Fagnan cree que el texto debe corregirse según Ibn Jaldūn y que su significado es de que «estaba entonces en ruinas» ².

Ningún resto queda en Badajoz de tiempos tan remotos. El musulmán más antiguo es un capitel de mármol blanco, aparecido en la alcazaba en 1930 y que se guarda en el Museo Arqueológico Provincial. Semejante a otros muchos cordobeses, ha de atribuirse su labra a la segunda mitad del siglo X.

A la disgregación del califato cordobés, un esclavo de al-Ḥakam II, llamado Sābūr, representante del poder califal en Badajoz, Santarén, Lisboa y la región meridional de Portugal, se declaró autónomo. Murió, según el epígrafe de su sepulcro, que le da el título de *ḥājib*, es decir, de señor independiente, en 403 = 1022 ³.

Fallecido Sābūr, se adueñó del poder su ministro °Abd Allāh ibn al-Aftas, fundador de la dinastía berberisca de los aftasīes, cuyos monarcas reinaron desde el año 1022 al 1094

¹ *Los Benimeruán, llamados los gallegos de Mérida y Badajoz* (Revista de Aragón, V, 1904); R. Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, II (Leiden, 1932), pp. 8-11; *Historia de la conquista de España de Abenalcotía el cordobés*, trad. de D. Julián Ribera (Madrid, 1926), pp. 88-90 del texto y 74-76 de la traducción. El relato de Dozy no concuerda tampoco con el de Codera, hecho sobre mayor número de referencias.

² Ibn Jaldūn, IV, 131, l. 12; *Histoire de l'Afrique et de l'Espagne intitulée Al-Bayano 'l-Mogrib*, trad. Fagnan, II, p. 167, n. (4).

³ Losa de mármol de 0,42 por 0,35 metros. E. Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte (Leiden-Paris, 1931), pp. 53-54. En el año 392 = 1002 existía en Badajoz un cementerio de los leprosos — *maqburat al-marḍā* —, según Ibn al-Faraḍī, *Ta'rij °ulamā' al-Andalus*, BAH, VIII, Madrid, 1902, p. 397, n.º 1.386, según cita de E. Lévi-Provençal, *Le Traité d' Ibn Abdūn* (*Journal Asiatique*, 1934), p. 294.

sobre la mayor parte del Norte de la antigua Lusitania, teniendo su brillante corte de taifas en Badajoz. Usó aquel monarca el título honorífico de al-Manşūr y murió en 437 = 1045, fecha que constaba en su lápida sepulcral, hoy perdida ¹. En su reinado, en el año 421 = 1030, según al-Bakrī, las antiguas murallas de Badajoz, construídas de argamasa, tal vez derribadas por 'Abd al-Rahmān III después del largo sitio que tuvo que poner a esa ciudad hasta apoderarse de ella en 318 = 930, se rehicieron con piedra de sillería y cal ².

Probablemente reconstruiría las murallas de Badajoz el primer monarca aġṣā, para defender la capital de su gran enemigo el qādī de Sevilla Ābū-l-Qāsim Muġammad b. Ismā'il (1023-1042), en el mismo año en que su hijo y sucesor Muġammad salió de su prisión de Carmona, ansioso de venganza, después del encierro sufrido a consecuencia de su derrota por el dignatario sevillano. Tal vez esas fortificaciones, levantadas en 1030, permitieron al monarca aġṣā atacar con más tranquilidad, cuatro años después, en un desfiladero cercano a la frontera, a las tropas del qādī, que se dirigían a una *razia* en el reino de León, y a las que antes había concedido paso libre por su territorio, infligiéndolas una gran derrota ³. Tales obras militares serían las que Idrīsī califica de fuertes hacia mediados del siglo XII.

¹ Esta lápida era de alabastro. Dicen unos que se utilizó en los cimientos del Hospital militar de la alcazaba, para los que se aprovecharon no escaso número de piedras romanas y árabes. Otros afirman lo fué en una cisterna de la calle de Granado (Vicente Barrantes en la p. xxxv, n° 1, de su prólogo a los citados *Discursos patrios* de Dosma). Se conoce su texto por una copia que hizo hacia 1809 el racionero de la catedral don Manuel de la Rocha, que fué a parar en 1865 a manos de don Luis de Villanueva, quien la comunicó a Moreno Nieto y a Gayangos. (Eduardo Saavedra, *El sepulcro de Almanzor I de Badajoz*, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XV, 1889, pp. 82-83; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, pp. 54-55.) Otra losa sepulcral del mismo monarca, que da idéntica fecha para su muerte, se guarda en el Museo Arqueológico provincial. Es de mármol y sus dimensiones son 0,70 por 0,13 metros. (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, p. 55.)

² Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique au moyen-âge*, p. 46 del texto y 58 de la traducción.

³ Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, pp. 10-11.

Escribe también que antes tenía Badajoz en su parte oriental un arrabal mayor que la misma ciudad (*madina*), despoblado a causa de las revueltas ocurridas cuando la caída del Califato ¹.

Unico vestigio de esas defensas parece ser un pequeño resto de torre de mamposería, en el que se abre un angosto pasadizo — de 1,10 metros de ancho — cubierto con bóveda de medio cañón, de sillarejo granítico sus jambas y arco de entrada, y de ladrillo el resto. Se halla en la parte septentrional de la cerca, sobre el río. Penetra el pasadizo hacia el interior del recinto de la fortaleza, y a 1,95 metros de su ingreso se encuentra una puerta con dintel de piedra y restos de dos quicialeras de mármol en alto, cuyos perfiles dibujan curvas en nacela con aletas salientes en los frentes. La puerta, que apenas si tiene 1,30 de altura y cuyo batiente es la misma roca, queda cerrada por un muro de argamasa. Tanto esto como el haber sido originariamente el pasadizo, que hoy queda abierto en el exterior de la fortaleza, obra interior de ésta, según demuestra la colocación de las quicialeras, indica que se trata de un resto de construcción aprovechada.

A falta de otras huellas de las edificaciones de la brillante corte de los monarcas aḡasíes, rival de los de taifas de Córdoba, Sevilla y Almería, hemos de contentarnos con sugestión tan leve como la que sobre la alcazaba de Badajoz en esa época nos proporciona un verso de 'Adi ibn Zayd sobre Şan'ā' ² que, según al-Faḡh ibn Jāqān, podría servir para describir aquélla:

Salas cubiertas con cúpulas en torno a un palacio,
alrededor del cual los olivos ostentaban su brillante verdor ³.

Ni aún conocemos el emplazamiento de la *munya* que el último monarca aḡasí, al-Mutawakkil, uno de los hombres más ricos e instruídos de su tiempo, autor, según Ibn Sa'īd, de gran-

¹ *Description de l'Afrique et de l'Espagne par Edrisi*, por R. Dozy y M. J. de Goeje (Leiden, 1866), pp. 181 del texto y 219-220 de la traducción.

² Capital del Yemen.

³ *Anal.*, I, p. 340. La cita es de Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle* (Paris, 1937), pp. 149-150.

des e ilustres obras en Badajoz ¹, dispuso en los alrededores de esta ciudad; almunia a la que llamó *al-Badī*^c (el soberbio). Fué lugar de alegres banquetes celebrados con sus familiares entre árboles y flores ², bien ajeno a la trágica muerte que, en unión de dos de sus hijos, habían de darle los almorávides después de torturarlo para que áclarase el escondite donde ocultaba sus tesoros ³.

La caída de esta dinastía fué cantada en una célebre *qaṣīda*, muy admirada por los escritores musulmanes. Su autor, Ibn ^cAbdūn, ministro que fué del último monarca aḥṣāṣī, pasó luego, a pesar de esos versos elegíacos, al servicio de los almorávides.

Badajoz bajo el dominio almohade. — Las construcciones del califa Abū Ya^cqūb Yūsuf.

Desde el año 487 = 1094, Badajoz, como los demás estados de taifas, formó parte de los dominios españoles del imperio africano de los almorávides. Unico resto arqueológico de ese período es una lápida sepulcral, aparecida en Badajoz en 1877 y conservada en el Museo Arqueológico Nacional. Es de un tal ^cUbayd Allāh, al que los *mulattamūn* — los que se cubren la cara con velos — dieron muerte violenta el día de su marcha, a fines del ramadān del año 539 = marzo de 1145 ⁴, mes pródigo en luchas y revueltas en toda la España musulmana.

Dueños los almohades de Badajoz desde 543 = 1148, tu-

¹ Ibn Sa^cīd, ms. de la Real Academia de la Historia, lib. III, cap. II, según cita de don Matías Ramón Martínez, *Historia del reino de Badajoz durante la dominación musulmana*, pp. 15 y 143.

² Pérès, *op. cit.*, pp. 149-150.

³ Los almorávides se apoderaron fácilmente de la ciudad, en la que debieron de entrar por entrega voluntaria de sus moradores, y, después, tomaron por asalto el castillo, último refugio de al-Mutawakkil y de sus familiares. Dozy, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, pp. 152-153.

⁴ Losa de mármol blanco, de 0,46 por 0,28 metros, encontrada en Badajoz en 1877 al hacer obras de ampliación en el cuartel de la Bomba. Al muerto se le da en la lápida el título de *ṣabīd* — mártir —, por considerarse a los almorávides como antropomorfitas y heréticos (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, pp. 56-57).

vieron que defenderla de repetidos ataques cristianos. Durante varios años la ciudad pasó frecuentemente de unas a otras manos.

En el primer día de rabi^c II del 556 = 30 de mayo de 1161, Alfonso Enríquez, rey de Portugal, se apoderó de Badajoz, según la inscripción sepulcral de un jurista, Abū-l-Qāsim Jalaf, que «pereció mártir al Este de su mezquita mayor cuando el enemigo sorprendió esta ciudad»¹. Poco tiempo debió de durar la dominación cristiana, pues Ibn Abi Zar^c fija en ese mismo año su reconquista por contingentes almohades mandados por ʿAbd Allāh, hijo de Abū Hafṣ².

Un audaz y famoso aventurero portugués, Giraldo Sempavor, es decir, sin miedo, después de conquistar a los moros Trujillo, Évora, Cáceres, Montánchez, Serpa y Juromenha, entre los años 1165 y 1168, se apoderó en este último de la ciudad de Badajoz. Como la guarnición siguiese resistiendo en la alcazaba, llamó en su ayuda a Alfonso Enríquez, del cual era alcaide fronterizo. Don Fernando II de León acudió rápidamente en auxilio de sus aliados musulmanes, enviando, según cuenta el contemporáneo Ibn Ṣāhib al-ṣalā, un cuerpo de tropas a la alcazaba para reforzar su defensa, en tanto que el rey, con el grueso de sus soldados, sitiaba a los portugueses, que se vieron acometidos a la vez, en las mismas calles de Badajoz, por las tropas leonesas y por los defensores del castillo (565 = 1169). Derrotados los portugueses, tuvieron que abandonar la ciudad precipitadamente³. Al hacerlo así, don Alfonso Enríquez tropezó con

¹ Losa de mármol gris de 0,51 por 0,32 metros, aparecida con la anterior y conservada también en el Museo Arqueológico Nacional (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, pp. 59-60).

² *Roudh el-Kartas*, trad. Beaumier (Paris, 1860), p. 284.

³ Ibn Ṣāhib al-ṣalā, *Historia dos Almohados*, trad. David Lopes, en el *Boletim da Segunda Classe de la Real Academia das Ciências de Lisboa*, 1909-1910, III, p. 355; *Os Árabes nas obras de Alexandre Herculano*, p. 125; *O Cid português: Geraldo Sempavor*, en la *Revista Portuguesa de Historia*, I (Coimbra, 1940), pp. 92-109. El *Chronicon Conimbricense* dice que «In era MCCVII quinto nonas maii intrauit alcaide Giraldus badalouzi», fecha que corresponde al 3 de mayo de 1168 (*Portugaliae Monumenta Historica, Scriptores*, p. 22. En la edición del *Chronicon* de la *Esp. Sagrada* — XXIII, p. 332 — en lugar de la palabra «in-

una pierna en el cerrojo de una de las puertas y, herido a consecuencia del fuerte golpe, cayó prisionero del rey de León ¹, obteniendo éste una brillante victoria que aparece registrada como data en varios documentos, poco posteriores, de las iglesias de Astorga, Mondoñedo y Tuy y en uno de los fueros de Pontevedra ².

El desastre de Badajoz no quebrantó el ánimo de Giraldo, que siguió sin descanso la lucha contra los musulmanes de esa comarca en los años siguientes, talando los campos y dificultando su abastecimiento. A fines de 1170, por segunda vez, Alfonso Enríquez, ayudado por el aventurero portugués, estuvo a punto de apoderarse de Badajoz, lo que evitó de nuevo la intervención del rey de León. Las comunicaciones de esa ciudad con el resto del país musulmán eran entonces precarias por las campañas de Giraldo, que en el año de 565 = 1170, y en los siguientes de 567 = 1171 y 568 = 1172 / 1173, asaltaba, con varia fortuna, los convoyes enviados de Sevilla para avituallar a Badajoz ³.

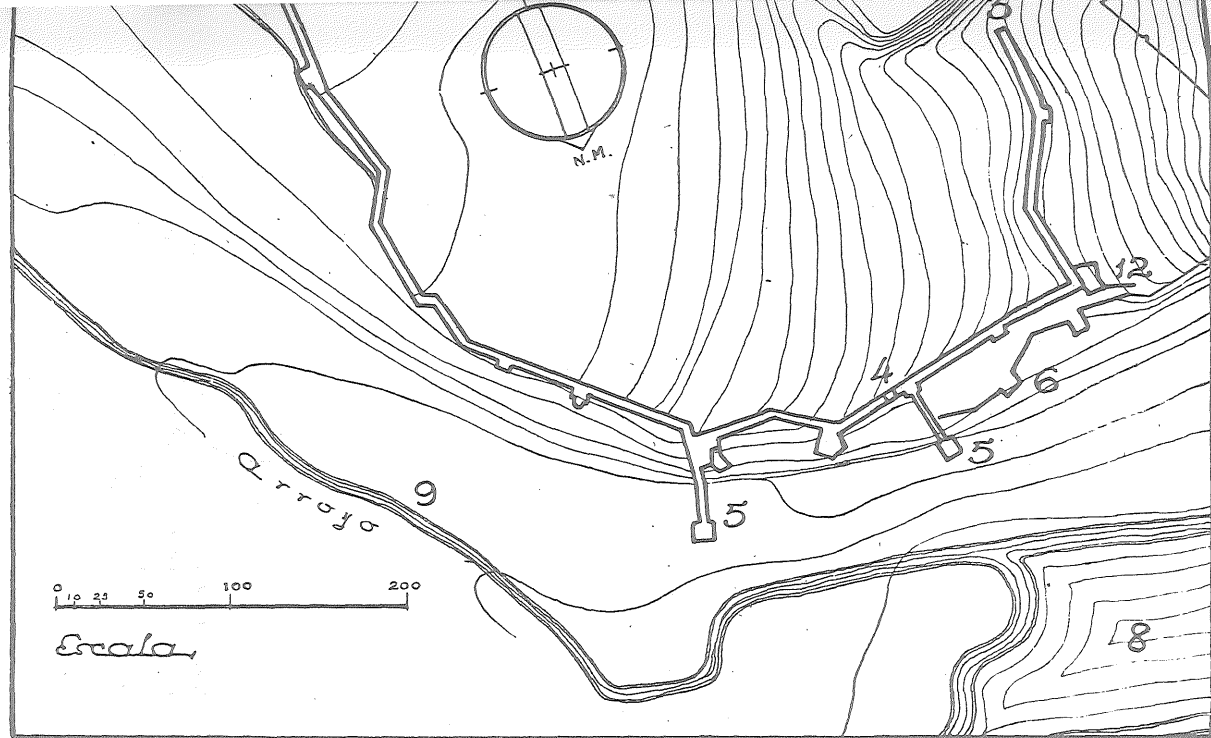
trauit» se escribió, equivocadamente, «interiit»). El *Chronicon Lamecense* afirma tuvo lugar ese hecho el «VI nonas» de los mismos mes y año.

¹ Ibn Šāḥib al-šalā en *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, by Ahmed Ibn Mohammed al-Makḥarī, trad. de don Pascual de Gayangos, II (Londres, 1843), p. 522. Don Rodrigo Jiménez de Rada, en su *De rebus Hispaniae* (edición Lorenzana, en C. P. E., III, p. 165), dice que don Alfonso Enríquez ocupó dos partes de la ciudad — «civitatis» —, mientras que los musulmanes se encerraron en el castillo — «arce» —.

² *España Sagrada*, XXII, pp. 95-96; *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense*, sept-oct., 1914, p. 54; Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico de las iglesias de España*, t. I (Salamanca, 1618). La memorable derrota de don Alfonso ocurrió, según Ibn Šāḥib al-šalā, en el año 564 = 5 de octubre de 1168 a 24 de septiembre de 1169. Flórez, *España Sagrada*, XXII, pp. 95-97, demostró que fué hacia el mes de junio de 1169. Otro asedio posterior de Badajoz por Fernando II registra don Rodrigo Jiménez de Rada, cuya consecuencia fué que se le entregaron los musulmanes con la fortaleza. El monarca leonés confió entonces a un moro llamado *Abenbabel* la guarda de la ciudad, pero en cuanto aquél partió hacia su patria, *Abenbabel* la entregó a los almohades, atacando a las tropas leonesas. Solano de Figueroa dice, sin fundamentarlo, haber ocurrido este suceso en 1181 (*op. cit.*, parte primera [Badajoz, 1930], p. 322).

³ Ibn Šāḥib al-šalā, según David Lopes, *O Cid português: Geraldo Sempavor*, pp. 96-99. Disgustado, al parecer, con Alfonso Enríquez, Giraldo fué a Sevilla, en el año 569 = 1173/1174, a ofrecer sus servicios al monarca almohade que lo





Badajoz. — Alcazaba. Plano fotoaerométrico.

1. Puerta del Capitel. — 2. Puerta del Apendiz. — 3. Lugar donde estuvieron la puerta de los Carros y el paño de muralla destruido. — 4. Postigo al río. — 5. Coracha. — 6. Resto de la muralla antigua de la ciudad. — 7. Torre de Espantaperros. — 8. Río Guadiana. — 9. Arroyo Rivillas. — 10. Lugar donde estuvo la mezquita. — 11. Restos de la barbicana. — 12. Muralla del recinto de la ciudad, levantada en los siglos XVII-XVIII.

Tan repetidos sitios y asaltos explican que las murallas construidas en Badajoz en el siglo XI estuvieran en ruinas antes de cumplir 150 años, ya que hubieron de levantarse de nuevo algo después de ocurridos esos hechos de armas. Escribe, en efecto, el historiador Ibn Šāhib al-šalā que las defensas de Badajoz contra los cristianos, la construcción de su fuerte y elevada alcazaba y la conducción de agua a la ciudad desde el río, por tubería, se deben al califa almohade Abū Ya'qūb Yūsuf, que reinó desde el año 558 = 1163 hasta su muerte, ocurrida en 580 = 1184¹. Fué ese monarca un gran constructor, a cuya iniciativa se deben obras de importancia en Marrākuš y en Sevilla; entre las de esta última ciudad, las de su mezquita mayor.

Debieron de levantarse las fortificaciones y murallas de Badajoz poco después de 1169, cuando la ciudad estaba amenazada por los portugueses y los de León, y cuando, al llegar Abū Ya'qūb Yūsuf a Sevilla, en donde permaneció un año², inicia las grandes obras en la capital andaluza. Tal vez deban relacionarse las construcciones de la extremeña con la expedición, referida

mandó matar poco después en Siyilmāsa, acusado de traición a favor de su antiguo rey Alfonso Enríquez. — Dan noticia del trágico fin de Giraldo: *El Anónimo de Madrid y Copenhague*, texto árabe y traducción por A. Huici (Valencia, 1917), pp. 9-10 del texto árabe y 6-7 de la trad. española; al-Baydaq, contemporáneo de estos hechos, en *Documents inédits d'histoire almohade*, por E. Lévi-Provençal (París, 1928), p. 127 del texto árabe y 216 de la trad. francesa, y la *Chronique latine des rois de Castille jusqu'au 1236*, edic. G. Cirot (Burdeos, 1913), pp. 36-38. — El *Anónimo* e Ibn Šāhib al-šalā dan la fecha de la llegada de Giraldo a Sevilla; al-Baydaq afirma que su muerte tuvo lugar en el año 565 = 1169/1170. Los textos citados referentes al aventurero portugués han sido recopilados por David Lopes, *O Cid português*.

¹ P. Melchor M. Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes* (El Escorial, 1930), II, p. 87 de la traducción. El testimonio es digno de crédito por tratarse de un escritor contemporáneo de los sucesos, que nació y vivió en esa región y estuvo en relación directa con el soberano al que atribuye las obras.

² Según Ibn Abi Zar', cuatro años, diez meses y algunos días, en Andalucía, desde el 567 = 1171 hasta el 571 = 1175 (*Roudb el-Kartas*, trad. Beaumier, pp. 298-299). El *Anónimo de Madrid y Copenhague* (edic. Huici, p. 15 del texto árabe y 11 de la trad. castellana) da para la estancia de Abū Ya'qūb en Andalucía ese mismo tiempo: cuatro años y diez meses y medio. Según este texto llegó a Sevilla el 12 de šawwāl del 566 = 19 de junio de 1171.

por Ibn Sāhib al-ṣalā, emprendida en el año 568 = 1173 por Abū Ya'qūb Yūsuf y Abū Muḥammad 'Abd Allāh para llevar provisiones a Badajoz y realizar expediciones contra los cristianos. Hicieron entonces entrega de abundantes vituallas al qā'id de esa ciudad, quien las repartió en los almacenes, y continuaron en algará por el distrito de Talavera. Solicitada tregua por los cristianos, accedió el califa, pensando aprovecharla para poblar las comarcas desiertas y las «fronteras desguarnecidas que había sorprendido el maldito Giraldo»¹.

Los almohades eran entonces dueños de extensos territorios en Africa y España, que integraban un vastísimo imperio con la metrópoli en Marrākuš y Sevilla como segunda capital. El reinado de Abū Ya'qūb Yūsuf, verdadero monarca andaluz, fué la edad de oro de la dominación almohade en el Sur de la Península y su período más pacífico.

Las murallas de la alcazaba.

Casi todos los muros y torres que rodean a la alcazaba de Badajoz pertenecen a la construcción almohade de Abū Ya'qūb Yūsuf. Consérvase, sobre todo, en buen estado la parte del frente Oeste que la separaba de la ciudad, entre la torre de Espantaperros y la puerta principal, llamada modernamente del Capitel, por uno romano, corintio y de pilastra, que se ve empotrado sobre su arco de entrada. Esta parte, merced a la protección de la muralla de la ciudad y al caserío, ha llegado casi intacta a nuestros días y se halla hoy medio oculta por las viviendas de la Plaza Alta.

La torre de Espantaperros, en el ángulo S. O. del recinto, se une a la cerca por un largo muro. Entre ella y la puerta del Capitel hay tres torres albarranas — dos de planta rectangular y la tercera con los ángulos exteriores chafanados —, y otra, de escaso saliente. Quedan unidas aquéllas al adarve por bóvedas de ladrillo de cañón agudo, que cubren pasadizos situados en

¹ P. Melchor M. Antuña, *Campañas de los Almohades en España*, fascículo I (El Escorial, 1935), pp. 59-60.

tre las torres y los muros, que permitían circular al pie de éstos. Paños de muralla de unos¹ 1,20 metros de grueso unían los frentes salientes de las torres, para formar entre éstas una barrera o barbacana, quedando entre ambos muros el espacio llamado la tela, de un ancho medio de 3 metros.

Esta misma disposición proseguía tras la puerta del Capitel, hacia Norte, en varios lienzos de muralla correspondientes a la plazuela de San José, derribados sin justificación alguna hace pocos años, al mismo tiempo que la cárcel, y de los que no quedan más que las zarpas. Más allá se ve una torre aislada, desaparecido el arco que la unía a la cerca; antes sería también albarrana. Interrúmpese luego la muralla, quedando abierto el recinto, a causa de un derribo hecho en 1914, que alcanzó también a una segunda puerta de comunicación de la alcazaba con la ciudad, llamada de los Carros, y que en el siglo XVIII servía de entrada a los coches y pertrechos de la artillería¹. El plano de Coello la registra como tapiada a mediados del siglo pasado².

Hasta poco más abajo de la puerta de los Carros alcanzó la destrucción referida. Algo más allá de donde comienza de nuevo la muralla levántase una torre rectangular, de 4,80 metros de frente, unida a ella, con estancia alta abovedada, a la que se entra desde el adarve; la dan luz aspilleras y tiene muros de argamasa e imposta de ladrillo; es obra almohade, parecida a otras torres de Sevilla.

Prosigue luego la cerca con dos lienzos de muros, que forman ángulo obtuso para el exterior, hasta una torre situada en el encuentro de los frentes de Norte y Poniente, sobre el río. En el frente septentrional del recinto, que corona una ladera del cerro bastante escarpada, sobre el Guadiana, se ven dos torres extremas y tres intermedias; próxima a una de éstas, en uno de los lienzos de muro, se abre un postigo. Parte de la muralla de este lado aparece doblada por otra con torres, situada más abajo, que debe ser resto de la de la ciudad.

¹ Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, IV (Badajoz, 1932), p. 218.

² Francisco Coello, *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, 4^a hoja de suplemento (sin año; hacia 1850).

De la torre del extremo oriental de este frente de septentrión, que es la que conserva el resto descrito como obra de 1030, desciende hacia el río una muralla. Otra, en la misma dirección, arranca de un torreón más a Poniente. Ambas corachas terminaban en el mismo río, en sendas torres, hoy medio enterradas y derruidas, cerrando un espacio con acceso desde la fortaleza por el postigo del que se ha hecho mención. A la coracha más a Poniente iba a unirse el resto de muralla de la ciudad citado anteriormente.

Chaffanan el recinto, por el ángulo N. O., unos paños de muros con dos torres intermedias.

El frente oriental — sobre una vertiente bastante escarpada también de la colina, bordeada por el curso del Rivillas — es, en unión del meridional, la parte de la cerca que menos vestigios conserva de su primitiva construcción, por haber sido los más combatidos en los muchos asedios sufridos por Badajoz. Baluartes, cañoneras y muros ataludados de los siglos XVII al XIX, que ya aparecen en el frente septentrional, refuerzan o sustituyen a la cerca almohade en éste de Oriente.

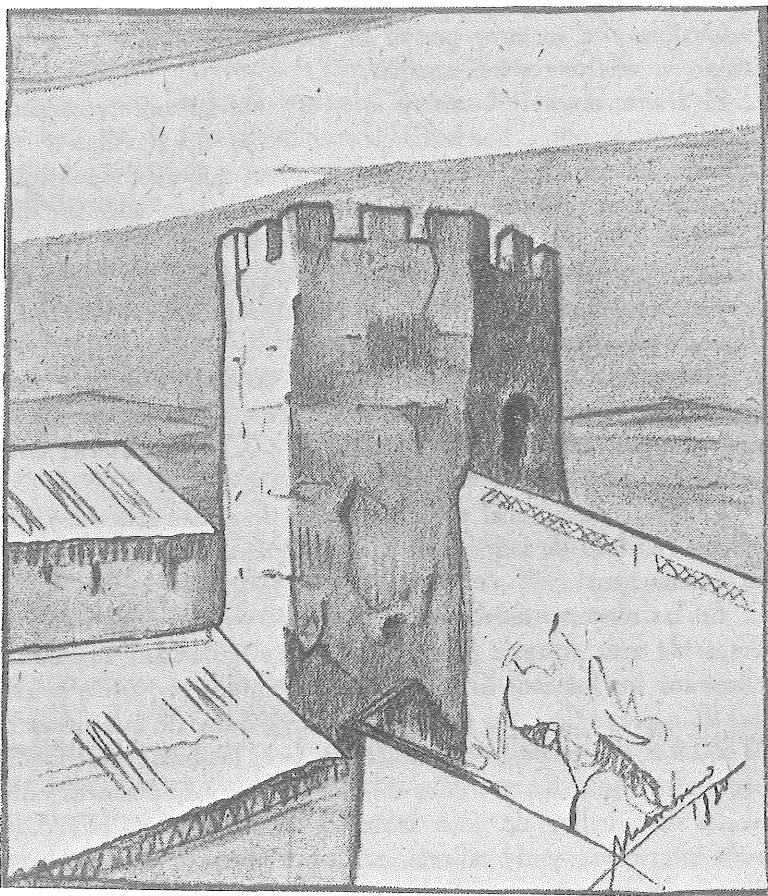
Poco antes de llegar al extremo Sur de este paño de la cerca existe una puerta, descubierta recientemente. A partir de ella un gran murallón, obra de los siglos XVII o XVIII, oculta el muro musulmán.

El frente meridional presenta torres de escaso saliente y muros con recalzados de ladrillo en los que apenas se reconocen huellas medievales.

En las torres y muros conservados se ven fábricas muy diversas: de mampostería guardando cierta regularidad de hiladas, rellenos los huecos entre las piedras grandes con otras pequeñas; de cajones de tapia de argamasa muy dura, de una altura de 80 a 85 centímetros, como de costumbre, hecha de almendrilla, mampuestos grandes y trozos de ladrillo; de mampostería entre hiladas de ladrillo; de este material, sobre todo en bóvedas y arcos interiores, y de sillería, casi toda aprovechada, en paramentos de puertas.

La torre de Espantaperros.

La mayoría de las torres conservadas en los frentes de Sur y Poniente son macizas y de poco saliente, contrastando en esto con las albarranas. Casi todas están hechas de mampostería,



Cáceres. — Torre del N.O. del recinto.

Dib. de A. Marchena.

guardando ordenación en hiladas, aunque también las hay con esquinales de ladrillo, y mampostería o tapias de argamasa.

De una torre con estancia alta se hizo referencia al describir el frente Oeste de la cerca. También la tiene la que protege la puerta principal de acceso de la fortaleza, pero es obra del siglo XVI, a pesar de los arcos ojivos, de ladrillo y perfil rectangular, que refuerzan su bóveda y se apean en cuatro columnas angulares.

La torre más monumental e importante es la llamada desde el siglo pasado de Espantaperros ¹ y antes de la Atalaya ². En la segunda mitad del XVI se nombraba de la Vieja. Dominaba entonces un barrio de la ciudad llamado la Galea ³, cuyo recuerdo se ha conservado en el nombre de la Galera con el que se conoce actualmente un caserón adosado a su exterior, construído hacia 1600, y que ha servido de Casa Consistorial y Pósito, y hoy alberga el Museo Arqueológico Provincial.

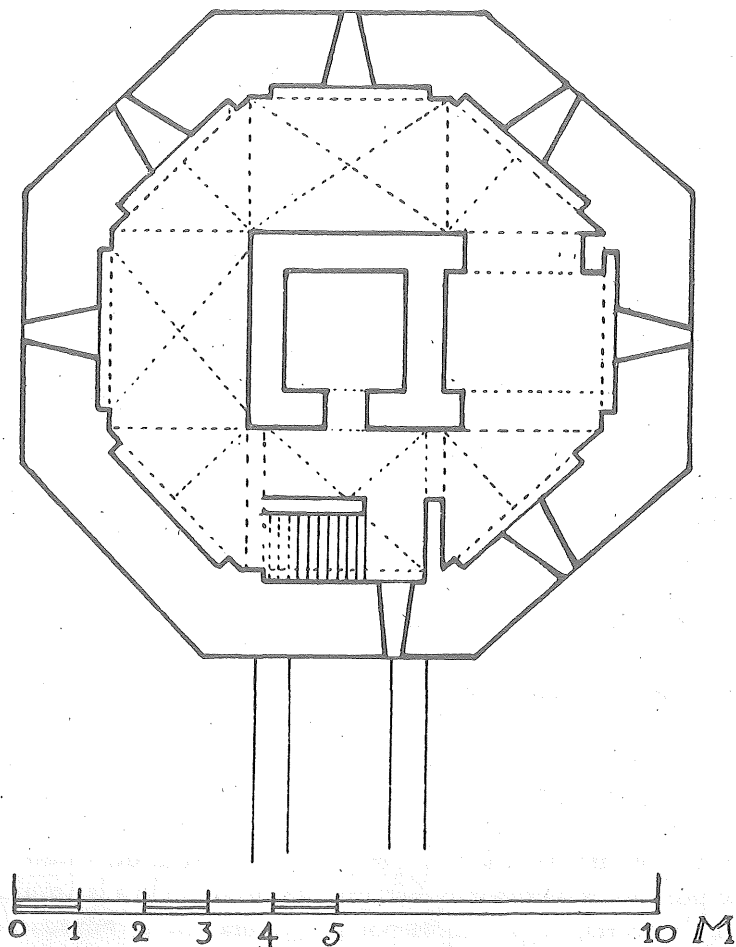
Tiene esta torre planta octogonal y muros de argamasa, en los que se señala su terraza por una imposta de ladrillo. Queda unida al recinto por un paño de muralla de 23,85 metros, sobre el que va el pasadizo que comunica el adarve de la fortaleza con el más bajo de los dos pisos que ocupan su interior. Dos torrecillas de escasa saliente flanquean ese paso, protegiéndolo. Ambos pisos tienen idéntica distribución: una pequeña cámara central, de planta cuadrada, cubierta con bóveda vaída, y un espacio en torno, que se ha dividido, para cubrirla por medio de boveditas de arista, en tramos alternativamente rectangulares y triangulares. En los muros que dibujan la planta octogonal exterior hay arcos ciegos, y en el fondo de algunos, aspilleras bastante derramadas hacia el interior. La subida al otro piso se hace por una escalerita muy forzada que, arrancando a la izquierda de la puerta, llega a aquél por una rotura de la bóveda del tramo correspondiente.

¹ Figura con este nombre en el citado plano de Coello, de hacia 1850.

² *De historia de Badajoz*, apéndices a la Historia del doctor Mateos, por Tirso Lozano Rubio, t. II (Badajoz, 1930), pp. 274-281; *La puerta de Mérida*, por el licenciado Pero Pérez (en el diario de Badajoz *Hoy* del 3 de enero de 1939).

³ Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 97-98.

Remata esta torre en una terraza almenada, rehechà en gran parte modernamente, de la que sobresale un cuerpo de ladrillo, de



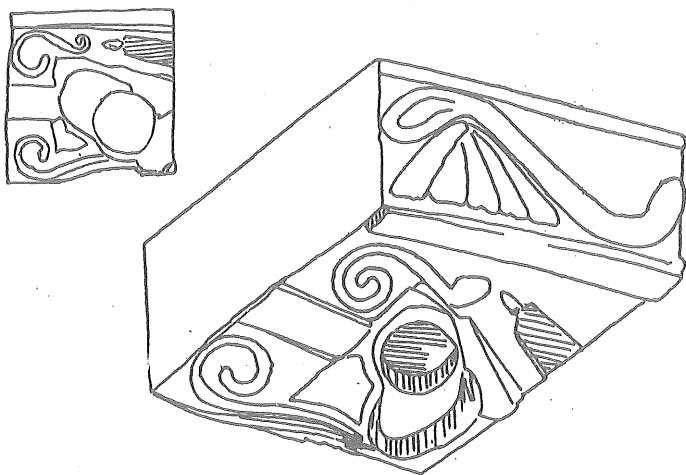
Badajoz. — Alcazaba. Planta segunda de la torre de Espantaperros.

planta cuadrada y 8,56 metros de altura, con dos órdenes de arcos. Los cuatro inferiores son semicirculares y sobre ellos hay otros tantos de lóbulos, arrancando de pilastras achaflanadas que

se reducen a ménsulas en uno de los frentes. A pesar de los perfiles góticos de éstos y del carácter mudéjar de toda la obra, la torrecilla debió de ser construída para campanario en el siglo XVI.

Entonces se fundió la campana, que estuvo allí hasta poco después de mediar el siglo XIX, y que hoy se guarda en el Museo Provincial. Para sonarla cómodamente desde la estancia baja se perforaron la bóveda de ésta y de la de encima.

Tras los arcos bajos de esa torrecilla se ven otros, ciegos y entrecruzados, de mampostería y ladrillo, de una más pequeña



Badajoz. — Alcazaba. Quicialera de la puerta del Capitel.

Dibujo de E. Baselga.

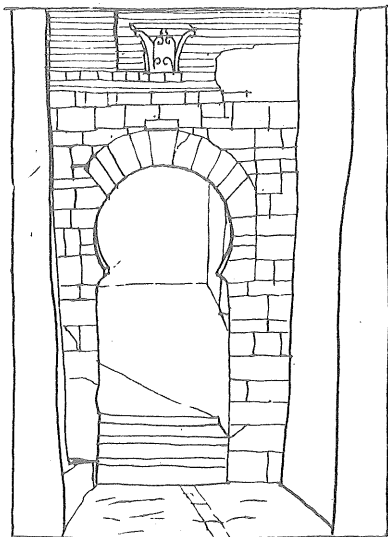
que quedó encerrada dentro de ella, contemporánea sin duda de la torre, y que pudo ser linterna de luces de la estancia alta o, más bien, pequeña habitación de refugio, como las que se levantaban sobre las terrazas de los alminares musulmanes.

Las puertas.

Tres puertas y un postigo tuvo el recinto de la Alcazaba: dos de aquéllas, abiertas en el frente Oeste, lo ponían en comunicación con la ciudad; la otra, en el oriental, se abría al exte-

rior, hacia la vega de Mérida. El postigo, en el muro Norte, permitía alcanzar la orilla del río.

De una de las de Poniente, la de los Carros, ya se ha dicho que fué derribada en 1914. La principal o del Capitel es una



Badajoz. — Alcazaba. Arco de entrada en la Puerta principal.

Dib. de A. Hernández Morales.

entrada en recodo, con arco exterior de herradura ligeramente aguda, de altos enjarjes, de 2,50 metros de ancho, frentado de sillería granítica y encajado entre una torre y un paño de muralla que protegen su acceso. Rebordea dicho arco un alfiz, formado por un rebajo en su paramento de sillería granítica, que se interrumpe a las dos hiladas por encima de él, prosiguiendo fábrica de ladrillo y cajones de argamasa, en la que aparece empotrado el capitel de pilastro romano.

Conserva el arco, por su parte interior y en alto, las quicialeras de mármol donde giraban las hojas, con deco-

raciones muy bárbaras ¹. Salva luego el grueso del muro una bóveda de medio cañón, de ladrillo, y después, otro arco de salida, de

¹ El suelo de esta puerta está hoy rebajado cerca de un metro de altura. Don Tomás Romero de Castilla en su obra *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión provincial de Monumentos de Badajoz* (Badajoz, 1896), inventaría con los números 3 y 4 de la «Serie hispano-árabe», pp. 134-135, dos fragmentos de quicio de mármol, encontrados en las excavaciones para hacer el depósito de aguas de la ciudad, en la alcazaba. De uno de ellos dice que tiene labradas cuatro de sus caras, «presentando en relieve adornos bizantinos y arabescos»; el otro presenta «un adorno, en la cara donde tiene el hueco del quicio, consistente en varios surcos, o estrías, trazados unos verticalmente y otros en sentido horizontal». No los he visto en el citado Museo.

ladrillo y herradura, sobre impostas de nacela, que da paso a un patio abierto, rectangular, de 8,85 por 6,10 metros, dominado por los adarves de la torre y murallas. El adarve frontero a la puerta de entrada se ensanchó en el siglo XVI por medio de una bóveda nervada, sin duda al mismo tiempo que se hizo el cuerpo alto de la torre, ya descrito. Los muros del patio parecen estar hechos de cajones de mampostería entre esquinales de ladrillo.

El hueco de paso al recinto desde el interior del patio se abre en el muro izquierdo de éste, y es semejante al de entrada, aunque sus arcos, que arrancan sobre impostas de nacela, son de ladrillo. Recuádralo un alfiz.

La otra puerta de entrada a la alcazaba está, como ya se dijo, en el frente oriental del recinto, a escasa distancia de donde se une con el meridional. Tiene idéntica disposición que la descrita del Capitel, aunque su patio es de dimensiones algo más reducidas — 6,35 por 4,70 metros —. El arco de entrada, con altos enjarjes y dovelas de 0,80 metros de altura, está también paramentado con sillería granítica. Sus arranques se han roto, sin duda en época relativamente moderna, para ensanchar la entrada. Los muros del patio son de mampostería y ladrillo, obra mal aparejada, hecha, al parecer, como toda la puerta, precipitadamente.

Traspasado el patio se entra en un pasadizo, oblicuo respecto al muro en que se abre, de 2,75 metros de anchura y una longitud media de 4,70, cubierto con bóveda de ladrillo, de cañón agudo, cuyo arranque izquierdo vuela respecto del muro por medio de una media caña tallada en el mismo ladrillo de la bóveda. Terminaba en un arco del que tan sólo se conserva la parte alta. Apea los restos de éste, interrumpiendo en parte el pasadizo, un muro transversal de ladrillo, obra pegadiza, puesto que está sentado sobre tierra bajo la cual continúa el pavimento, de guijarros de río. A su derecha el escombros rellena por completo los locales que allí hubiera; a la izquierda prosigue el muro del pasadizo, tras el arco roto, y, pasado éste, se abre una puerta que da entrada a dos naves en ángulo, construídas totalmente de ladrillo y cubiertas con bóvedas de cañón agudo. Parecen almacenes o caballerizas y recuerdan locales análogos inmediatos a las

puertas de la Justicia y de las Armas, de la Alhambra de Granada. Frente a su puerta de entrada hay un pasadizo en recodo, con bóveda baja, que desemboca en una nave cubierta con bóveda escazana; es obra toda de ladrillo. La divide un grueso arco transversal, en cuya jamba izquierda hay una estrecha escalera por la que se sube hoy a una solería cubierta de tierra y escombros, ya que el nivel del piso actual es bastante más elevado. Estos últimos locales parecen contemporáneos del muro de ladrillo sin cimienta que corta el pasadizo de entrada, y, por tanto, posteriores a la obra árabe de la puerta. Bajo el Hospital militar prosiguen otros subterráneos abovedados, aún sin explorar ¹.

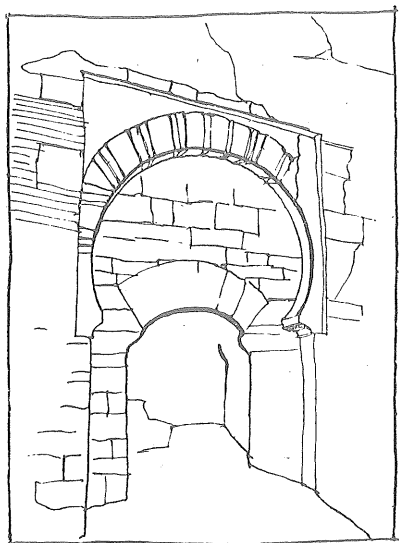
En el paño de muralla inmediato a esta entrada, a su Norte, ha quedado visible ahora un gran arco de puerta que parece daba ingreso directo al recinto. Es escazano, de 3,80 metros de anchura, con quicialeras de granito por fuera. Tras él hay una caja para el peine o rastrillo, en la que alternan los sillares con varias hiladas de ladrillo, y, después, un segundo arco, de la misma traza, pero agudo. Parece toda ella obra almohade, contemporánea del resto de la fortaleza. La finalidad de esta gran entrada,

¹ El hallazgo, en 1938, de esta puerta de entrada a la alcazaba se debe, en gran parte, al laudable entusiasmo de don Jesús Cánovas, que dirigió su excavación. En el siglo XVII o en el XVIII se construyó un fuerte muro a la máxima saliente de la torre de entrada, rellenando el espacio entre él y el recinto antiguo, así como el patio; la puerta quedó, pues, enterrada y oculta. Creo que esta puerta debe identificarse con la llamada del Apendiz en un documento del año 1274, referente a la renovación de una concordia entre el obispo de Badajoz, don Fray Lorenzo Suárez, y el Maestre de Alcántara y sus caballeros, acerca de los límites jurisdiccionales de la parroquia de Santa María de Calatrava, situada en lugar no lejano al de la puerta (Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, II, pp. 112-113). En un documento del año 1424 se la llama del Pendiz y, posteriormente, del Alpendiz, citándose, hasta fecha poco posterior a 1600, entre las entradas a la ciudad (Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico de las iglesias de España*, tomo I, citado por Vicente Barrantes, *Catálogo razonado y crítico de los libros, memorias y papeles que tratan de las provincias de Extremadura*, Madrid, 1865, p. 30). Documentos de los siglos XVI y XVII prueban que la puerta del Alpendiz estaba cercana a la de Mérida, y ambas a la torre de la Atalaya y al Pósito o Galera; una calle, que creo extramuros, bajaba de la puerta del Alpendiz a la de Mérida.

directa, en lugar insólito, tan cercano al de la otra, quedará tal vez aclarada cuando se prosiga su excavación, quitando la tierra y escombros que la cierran.

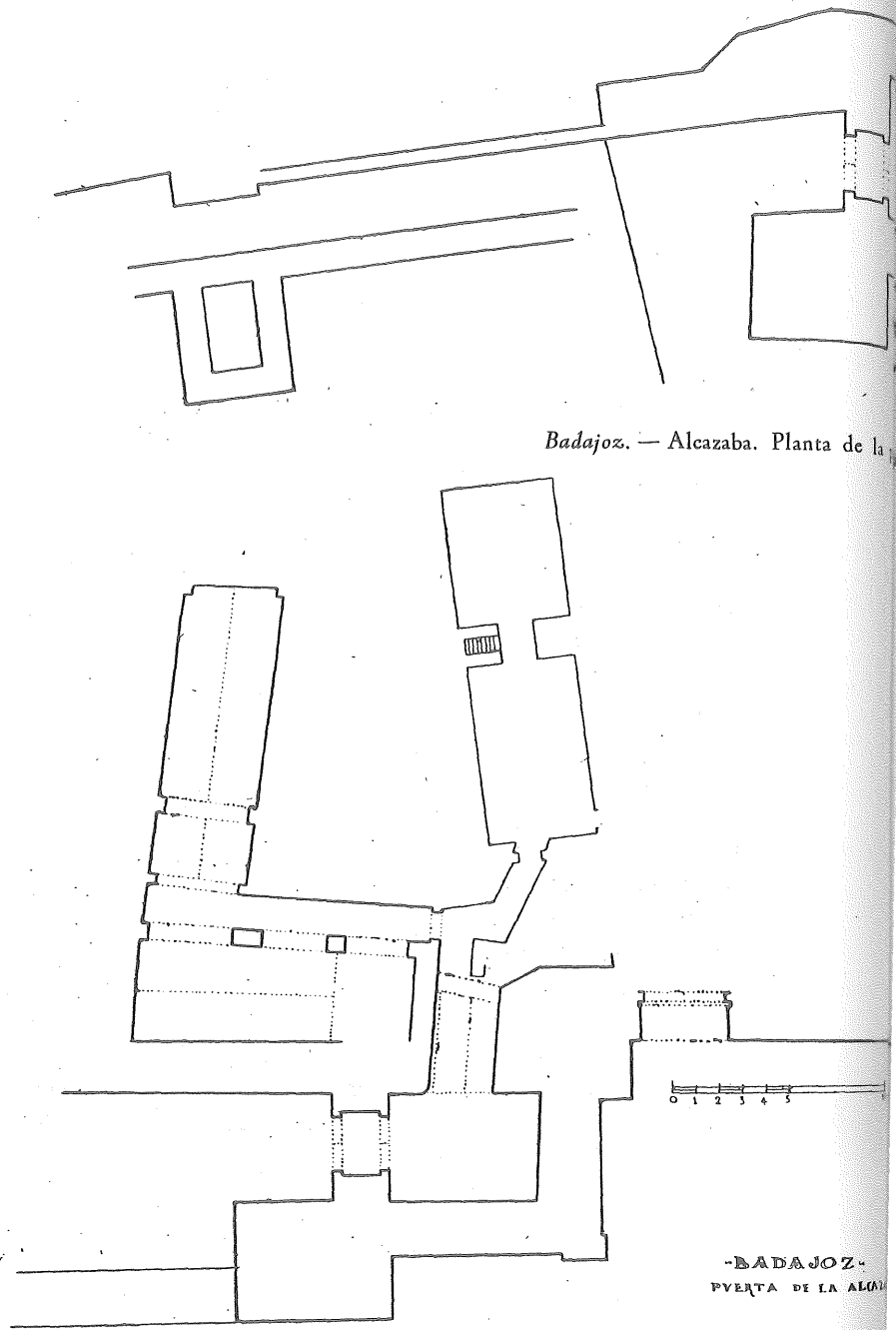
El postigo del recinto se halla en su frente septentrional, en lugar escarpado, de rápida pendiente hacia el Guadiana. Tiene un arco ciego de herradura, ligeramente apuntado, de enjarjes altos, en el que alternan las dovelas de piedra con las de ladrillo, según la moda cordobesa, seguida también en varias puertas de la alcazaba de Málaga. Arranca ese arco de impostas de mármol blanco, con perfil de nacela; sus jambas son de granito, y tiene alfiz, señalado, como los de los otros descritos, por un remetido del muro. El arco de la puerta, de 1,52 metros de ancho, es escazano, de dovelas graníticas, arrancando también de impostas en nacela. Toda la fábrica del muro inmediato presenta sus hiladas re-juntadas y tiene luego señalado un falso despiece de sillares por medio de líneas incisas trazadas en el revestido. El ingreso al interior de la alcazaba era directo, y estaba oculto por tierra y escombros desde hace largo tiempo. Excavóse por iniciativa particular no hace muchos años, y de nuevo ha vuelto a rellenarse. Ya se dijo cómo este postigo comunicaba el interior de la fortaleza con un espacio inmediato al río, cerrado por dos corachas.

Autores modernos llaman a este postigo «puerta de la Traición», afirmando que fué por la que salió huyendo don Alfonso Enríquez en 1169, cuando, en las circunstancias referidas ante-



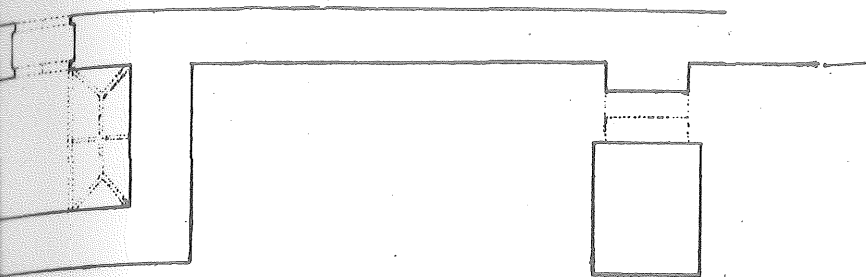
Badajoz. — Alcazaba. Postigo en el muro septentrional.

Dib. de A. Hernández Morales.



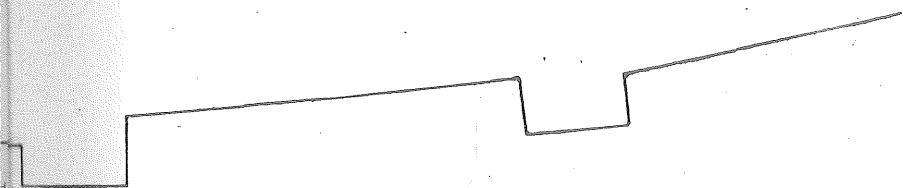
Badajoz. — Alcazaba. Planta de la

Badajoz. — Alcazaba. Planta de la puerta recientemente



1 2 3 4 5 10 M
-BADAJOS-
MURALLA PRINCIPAL DE LA ALCAZABA

principal y de la muralla inmediata.



descubierta y de las murallas y subterráneos inmediatos.

riormente, cayó prisionero del rey de León. Han confundido, al suponerlo, diferentes hechos históricos y distintas puertas ¹. Lo probable es que se llamase «de la Coracha», nombre que registra Solano de Figueroa en el siglo XVII como el de una puerta de la ciudad «que llaman la coraxa, sobre el río» ², a la que conducía una calle de igual denominación, solar de numerosa familia de este apellido ³.

Pues coracha se llamaba, en términos castrenses, y con palabra derivada del árabe, al espolón de muralla que arrancando de la general del recinto avanzaba para proteger una puerta o aislar una zona, inmediata casi siempre a un río, y facilitar el acceso a éste y el aprovisionamiento de agua, en caso de asedio, a los defensores del recinto murado ⁴. Y de lugar inmediato a la puerta arranca una de las corachas citadas.

¹ Los historiadores citados anteriormente afirman que don Alfonso salió por una puerta de la ciudad, y no de la alcazaba, en la que no pudo penetrar. La que se llamaba de la Traición en el siglo XVI, dice el canónigo Rodrigo Dosma (*op. cit.*, p. 153) que estaba «cerca de la Nueva de la puente» y cerrada: sería la de la cerca musulmana que daba al río, utilizada hasta la construcción del puente, frente al cual se levantó la Nueva o de las Palmas en 1551. Solano de Figueroa escribe (*op. cit.*, primera parte, II, p. 321) que la puerta por donde intentó salir el rey de Portugal estaba cerrada, y en «aquel lienzo de muralla que cae sobre el río, a las espaldas de la huerta que llaman del Obispo, y era la puerta principal, porque estaban allí las barcas para el pasaje del Guadiana: y en aquellos tiempos, y muchos después, no hubo puente. Pero cuando se fabricó, por darla más hermosura, la dieron nueva puerta, cerrando la que antes tenía». No se refería a Alfonso Enríquez el nombre de Traición dado a la puerta, ya que no la hubo en su entrada, sino a haber penetrado por ella en 1396, alevosamente y rompiendo las treguas concertadas con Enrique III, el Maestre de Avis, hecho referido en la *Crónica del rey don Juan I de Portugal*, segunda parte, cap. 158. Esta puerta debió desaparecer en el siglo XVII o en el XVIII, cuando se rehizo la cerca de la ciudad con arreglo a las nuevas modalidades castrenses.

² *Op. cit.*, primera parte, II, p. 23. Escribía Solano en el decenio de 1660 a 1670.

³ Lozano Rubio, *op. cit.*, pp. 211 y 272-273.

⁴ El Diccionario de la Real Academia Española no incluye esta acepción de la palabra «coracha», repetidamente empleada en crónicas y documentos antiguos hasta el siglo XVII. Amplió algo el significado de tal palabra respecto al que da don Manuel González Simancas en su obra *Plazas de guerra y castillos medioevales de la frontera de Portugal* (Madrid, 1910), pp. 93 ss.

El interior del recinto: La mezquita.

Si por la puerta principal o del Capitel penetramos en el recinto de la alcazaba con la esperanza de encontrar edificaciones medievales de alguna importancia, quedaremos en el primer momento defraudados. Pero, tras un examen detenido, aparecen, ocultos por fábricas de moderna apariencia o medio enterrados en el subsuelo, restos de antiguas construcciones. Rastreando también en crónicas y viejos documentos algo podremos llegar a saber de los edificios que allí se levantaban.

La parte del recinto a la que se llega entrando por esa puerta, es la más alta y meridional, ocupada hoy en gran parte por un Hospital militar, vasto edificio comenzado a construir en la primera mitad del siglo XIX y ampliado más tarde hacia Norte, hasta alcanzar las ruinas de la que fué iglesia de Santa María del Castillo.

Establecióse en este templo la sede catedral desde los días inmediatos a la reconquista, por lo que se le conoció, además de con ese nombre, con los de Santa María la Obispal y la Sede, para diferenciarlo del templo cercano de Santa María de Calatrava o de los Freires.

En Badajoz, como en todas las ciudades reconquistadas a los musulmanes, debió de establecerse la catedral en la mezquita mayor, después de consagrada, y así lo asegura repetidamente Solano de Figueroa ¹. Pero al-Bakrī, según se dijo, escribe que 'Abd ar-Rahmān b. Marwān, el Gallego, en fecha próxima al año 900, edificó en Badajoz la mezquita mayor, de ladrillo y argamasa, con un alminar de piedra, y otras varias, una de ellas en el interior de la alcazaba, lo que ha de interpretarse como que aquélla no lo estaba. Pudieran compaginarse ambos testimonios suponiendo que, arruinada la principal mezquita de la ciudad en alguno de sus asedios, pasara a serlo la del recinto alto.

¹ *Op. cit.*, primera parte, III, pp. 6 y 8. Rodrigo Dosma, *op. cit.*, p. 15, inserta un documento del año 1411 en el que se exhorta al reparo de la iglesia de Santa María, «a cuya invocación primeramente fué fundada y traspasada de mezquita que era de moros».

El santuario islámico fué catedral desde 1230 hasta la traslación de la sede episcopal al nuevo templo de San Juan, por los años de 1269 al 70, aunque su consagración no tuvo lugar hasta el de 1284. Poco tiempo después, a causa de guerras y despoblaciones, volvió la sede catedralicia a Santa María del Castillo, abandonando por unos años el edificio recién construído. El hecho se volvió a repetir, por análogos motivos, en el último cuarto del siglo XIV y durante la primera mitad del siguiente.

Se habla siempre de Santa María del Castillo como de una iglesia de reducidas dimensiones, a pesar de varias obras de ampliación y reforma que se hicieron en la antigua mezquita. De éstas quedan visibles dos torres, de diferente altura, uno de cuyos lados forma parte de la fachada septentrional del Hospital militar, y junto a las cuales, pero ya en el interior de ese edificio, se conserva un pequeño ábside en semicírculo, con pilastras que apean nervios de sección rectangular ¹. Las torres, cuyo aparejo queda oculto bajo revestidos modernos, tienen escudos de prelados de Badajoz del siglo XV ². La escalera de subida a una de ellas cúbrese con pequeñas bóvedas de arista, en tramos escalonados. Sus dimensiones y situación autorizan la sospecha de haberse aprovechado para ellas parte del alminar árabe.

De la mezquita musulmana quedaban restos importantes en Santa María del Castillo, durante la segunda mitad del siglo XVI. Rodrigo Dosma escribía en sus años finales que se conservaban numerosas piedras labradas en la que fué sede de Santa María, «donde están tres hilos de arcos con cada siete columnas, unas lisas y otras estriadas, de toda mezcla, que tienen los capiteles trastocados, y aún basas sobrepuestas, según el poco aviso o mucha mengua del que con destrozos de diversas formas compuso tal fábrica. Son altas las columnas, que entran por la tierra, y su fundamento no parece, porque estando el suelo de alrededor alto, así que se entraba por gradas, como en la iglesia de

¹ ¿Será ésta la capilla mayor levantada por el obispo don Juan de Morales (1417-1443) y en la que estuvo su sepulcro?

² La torre más baja, que se decía de la sacristía, tiene el escudo del obispo don Juan de Morales (1417-1443); la otra adosada, alta y rectangular, las armas de don Gómez Suárez de Figueroa (1480-1485).

Calatrava y San Andrés, según que los mahometanos cavándolo o amontonando aparejan las mezquitas conforme a su superstición; para igualarlo todo se rehinchó el templo no ha mucho tiempo, de que quien lo decía se acordaba, y fuera más acertado bajar la plaza del cementerio»¹.

A través de esta descripción se aprecian los restos de una mezquita, que tendría por lo menos cuatro naves², separadas por arcos sobre fustes y capiteles aprovechados — romanos y godos —. Veintidós o veintitrés columnas antiguas subsistían aún a fines del siglo XVII³ y tres lápidas romanas, en el mismo lugar, cien años antes⁴.

Santa María del Castillo dejó de ser parroquia en 1768; después, debió de arruinarse. A mediados del siglo XIX sus dos torres se destinaban a cárcel de presos de consideración. En el plano de Coello, por entonces, se dibuja el esquema de su planta, con cuatro naves, al parecer, que se extendían a Occidente de las torres, situadas éstas en la cabecera del templo. Más tarde amplióse el inmediato Hospital militar, quedando englobados los restos descritos de la antigua catedral entre sus edificaciones. Los cimientos de las naves han de estar ocultos en parte por esa construcción y por los jardinillos que hay en su extremo de N. O. Don Matías Ramón Martínez escribe que en su tiempo, es decir, a principios de este siglo, quedaba aún en pie un trozo de pared de la iglesia, con estrechas ventanas⁵. Respecto a orientación de la mezquita, la quibla estaría a Oriente, si las naves eran longitudinales; en el caso, más raro, de ser transversales, a Mediodía.

¹ *Op. cit.*, p. 15.

² Es muy raro el caso de mezquitas con un número par de naves. Sin embargo, se cita la de al-Qarawiyin en Fez, construída por Fāṭima en 245 = 859, como de cuatro naves (*Roudb el-Kartas*, trad. Beaumier, p. 66), y la de Calsena, con seis. Lo verosímil es que al adaptar la mezquita a iglesia-catedral, se prescindiera de alguna o algunas de las naves, y que ésta de Badajoz tuviera cinco, como las de Algeciras, Ecija, Jaén, Málaga, Tortosa, Almonaster y Madīnat al-Zahrā'.

³ Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, II, p. 24.

⁴ Rodrigo Dosma, *op. cit.*, pp. 68-69.

⁵ *Op. cit.*, p. 111.

Santa María de Calatrava y sus restos árabes.

Desde el año 1235, poco después de la reconquista, se cita en la alcazaba una iglesia de Santa María de Calatrava ¹. Le fué adjudicada a la Orden de Alcántara, junto con una encomienda, por haber servido en la conquista de Badajoz el maestre don Arias Pérez Gallego con sus caballeros ². La proximidad de este templo a la catedral dió lugar a repetidos litigios, que motivaron, en 1257, una concordia sobre las jurisdicciones de la iglesia episcopal y la de Alcántara, renovada en 1274, en la que se señalan los límites de la feligresía de la parroquia de Calatrava ³. Este templo estaba reducido a ermita, y no desde fecha reciente, en el siglo XVII; a comienzos del XIX ya no tenía culto, y algo más tarde se le cita como ruinoso. Ignoramos el lugar de su emplazamiento: Solano de Figueroa y Ascensio Morales dicen que distaba unos doce pasos de Santa María del Castillo, y el segundo añade que se hallaba a Poniente de esta iglesia ⁴.

En el año 1845 la Junta de Monumentos de Badajoz dispuso hacer excavaciones en las ruinas de Santa María de Calatrava, donde — dice el informe de su vocal don Nicolás Giménez, encargado de dirigir las — «existían hace pocos años algu-

¹ Bula de confirmación de los bienes de la Orden de Alcántara, dada por Gregorio IX. La publicó don Matías Ramón Martínez, *op. cit.*, pp. 421-423.

² Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, II, pp. 330-331; III, pp. 56-57.

³ *Ibidem*, primera parte, III, pp. 57-62.

⁴ Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, III, p. 56 (escribe que distaba menos de doce pasos); *Crisis histórica de la antigüedad y fundación de Badajoz*, informe de Ascensio Morales al rey Fernando VI en 1754 (ms. de la Biblioteca Colombina de Sevilla, p. 132). Romero de Castilla afirma — *op. cit.*, p. 132 — que la iglesia de Santa María de Calatrava, «de la cual hoy sólo quedan las bóvedas subterráneas», estaba próxima, o acaso formando cuerpo con una pequeña construcción que ocupó el mismo emplazamiento que el pabellón de autopsias del Hospital militar, situado entre las dos naves subterráneas de la puerta del recinto descubierta en 1938, y «una y otra inmediatas a la antigua mezquita árabe llamada después Santa María de See o del Castillo». Pero el pabellón de autopsias y los subterráneos están a Saliente, y no a Poniente, del solar de Santa María del Castillo, y la distancia que los separa es bastante mayor de doce pasos.

nas lápidas con inscripciones árabes». El resultado — según el mismo documento — fué descubrir tres solerías: la más somera era obra, al parecer, del siglo XIX, «cuando aquella iglesia hizo parte de un Hospital militar, por los años 1805 y 806; la segunda correspondió sin duda a la iglesia de Calatrava cuando fué parroquia, después de la regeneración o en la época del renacimiento; y la tercera, que está a la profundidad de 15 o 16 pies (4,20 a 4,48 metros), fué del tiempo de los árabes; en esta superficie están basadas unas columnas de piedra mármol que sostenían todo el edificio y que, según la dirección de los que hasta ahora se han encontrado, deben ser hasta catorce» ¹. Dos fustes de esas columnas y un capitel de mármol, se conservan en el Museo Arqueológico Provincial. Otros se utilizaron, relabrándolos, para sostener los faroles del alumbrado público de la ciudad, y algunos, que se guardaban en los almacenes municipales, parece que, picados en fecha reciente, pasaron a servir de grava en las carreteras del Ayuntamiento. Pavimento y columnas, a juzgar por la profundidad a que se encontraron — aunque aumentada, sin duda, en los últimos tiempos, por la acumulación de escombros en esa parte — pudieron pertenecer a un aljibe, semejante al de la casa de las Veletas, de Cáceres ².

Una supuesta «rawḍa».

La inscripción sepulcral del monarca ‘Abd Allāh ibn al-Aftas, hoy perdida, estaba hacia 1809 sobre una puerta tapiada por la que se subía a la torre de la iglesia, ya sin culto, de Calatrava. La otra, más concisa, que se conserva del mismo monarca apareció en 1883, junto con un capitel y dos fustes, al realizar unas excavaciones y obras de reparación en el Pabellón de autop-

¹ Romero de Castilla, *op. cit.*, pp. 132 y 139.

² El aljibe de Cáceres tiene doce columnas. Tal vez fuera este supuesto de Badajoz el citado en un documento del año 1405 referente a los límites de la feligresía de la iglesia de Calatrava (Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, IV, p. 117). Hay referencias documentales de otros aljibes en la alcazaba, y aún se conserva uno visible, utilizado como vivienda hasta fecha reciente.

sias del Hospital militar, situado junto a las naves subterráneas que tienen acceso por la puerta recién descubierta; estaba empujada en un muro de ladrillo, sobre un arco de los subterráneos.



Badajoz. — Alcazaba. Fragmento de lápida sepulcral aparecida recientemente.

que, desde la segunda mitad del siglo XIX, ocupa el referido Pabellón de autopsias, mezquita «que se conservaba aún en pie en el primer tercio de este siglo, según testimonio de las perso-

El señor Saavedra dedujo del conocimiento de estas dos inscripciones del primer añasí y de las circunstancias de su hallazgo, que pudo haber en lugar próximo una mezquita u oratorio particular, dedicado al enterramiento de ese monarca; la lápida perdida sería en tal caso la del epitafo, y la más breve y sencilla conservada, un letrero que en la fachada declarase el destino del edificio¹.

Romero de Castilla supone la existencia de una pequeña mezquita árabe en el sitio

¹ Eduardo Saavedra, *El sepulcro de Almanzor I de Badajoz*, 1889, pp. 84-85; Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, p. 55.

nas que tenían por entonces edad para apreciar el hecho, muchas de las cuales viven hoy [1896]»¹.

Hay quien afirma que la inscripción sepulcral de Sábūr apareció también en la alcazaba². En ésta se encontró en 1880, en las excavaciones que se realizaron para la construcción del Depósito de aguas del Gévora, a unos 30 o 40 metros del Hospital militar, otra lápida sepulcral de un personaje desconocido llamado 'Abd Allāh Muḥammad ibn al-Baqqār, que murió en 545 = 1150³. Fragmentos de otras dos han aparecido en las recientes excavaciones de la supuesta puerta del Alpendiz. Una de ellas, muy mutilada, según la lectura y traducción hecha sobre un dibujo, no del todo exacto, por don Manuel Ocaña Jiménez, dice así:

.....

 [الضحى يوم الاثنين ...
 ثمانين واربعمائة ...
 يوم الخميس ليلة بقيت من ...

En la mañana del lunes... [año] ocho y ochenta y cuatrocientos [488 h. = 1095 J. C.]... el jueves a una noche restante de...

¿Estarían los restos mortales de las gentes conmemoradas por estos epitafios, o, por lo menos, los de los monarcas, en una rauda o capilla sepulcral, como las que hubo en los alcázares de

¹ *Op. cit.*, pp. 131-132.

² Romero de Castilla dice en su obra *Inventario de los objetos recogidos en el Museo Arqueológico de la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*, p. 133, que se encontró en el castillo. Según otros testimonios fué descubierta en 1883 al excavar los cimientos de la casa n.º 17 de la calle de Abril.

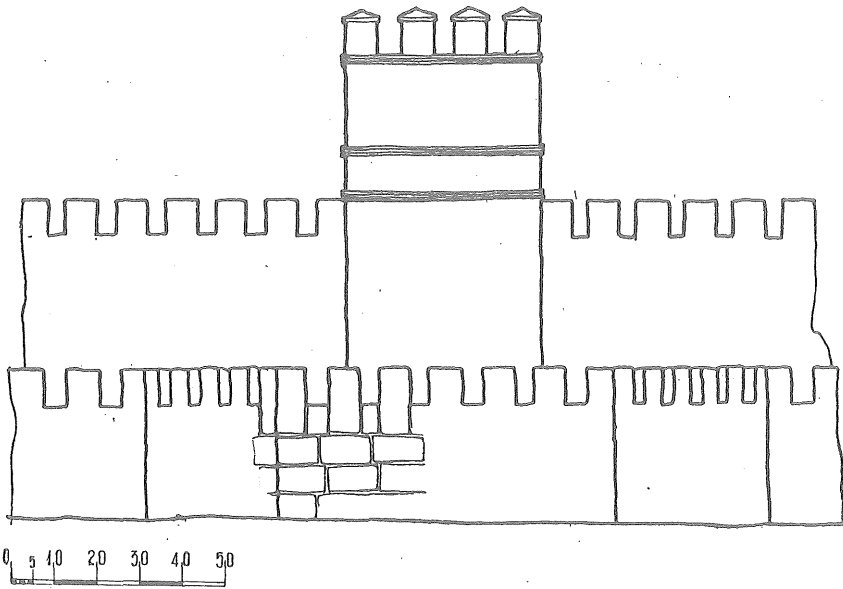
³ Losa de piedra de 0,46 por 0,29 metros que se conserva en el Museo Arqueológico Provincial (Lévi-Provençal, *Inscriptions arabes d'Espagne*, texte, pp. 57-58).

Córdoba y Sevilla y en la alcazaba de Granada? Es muy probable que los reyes de taifas de Badajoz siguieran en esto la moda de esos otros más poderosos.

La alcazaba de Badajoz y la arquitectura militar almohade.

Las torres albarranas en serie del recinto de la alcazaba parecen inaugurar un sistema de fortificación que luego se difunde por las comarcas extremeña y toledana — murallas de la alcazaba de Mérida, de Talavera de la Reina, del castillo de Escalona —. Con tal disposición quedaba muy bien protegido el camino de ronda por el exterior de la fortaleza, así como la tela o albacara, y reducido al mismo tiempo el desarrollo del muro de la barbacana a unir los frentes de las torres, en lugar de tener que salir rebordeándolas para salvar su saliente, como en la muralla almohade que se conserva en Sevilla, entre las puertas de Córdoba y de la Macarena. No conozco en la arquitectura militar del Norte de África ninguna disposición semejante. En la Castilla cristiana se empleó en el recinto de Madrigal de las Altas Torres.

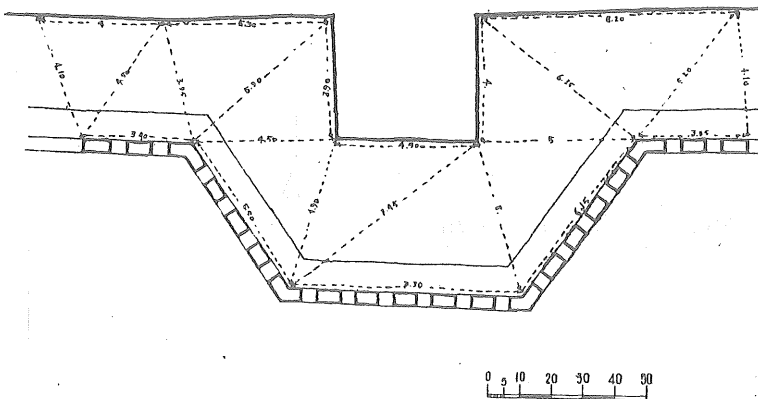
Puertas abiertas en un cuerpo saliente o torre de un recinto, con entrada lateral en recodo, aparecen en Granada, en el siglo XI; la llamada Monaita y la Nueva o de los Pesos. Algo posteriores son las del recinto de Niebla, probablemente almohades, y la *Bāb Qablī*, construída a mediados del siglo XII en el *ribāt* de Tīt, en Marruecos. Pero ninguna de estas puertas — a excepción de la Monaita granadina, incompleta — tiene patio interior. Las dos de Badajoz, con su entrada lateral protegida por la torre saliente y la muralla del recinto, y el patio intermedio entre las dos puertas, parecen desarrollar la disposición de esas anteriores. Y constituyen un paso interesante en la evolución hacia las monumentales que, pocos años más tarde, a fines del siglo XII, levantará en los recintos de Rabāṭ y Marrākūš Ya'qūb al-Manṣūr, hijo y sucesor de Abū Ya'qūb Yūsuf, y también, como su padre, gran constructor. Pero tanto en éstas como en las posteriores el patio aparece raras veces. No lo tienen las de



Sevilla. — Torre, murallas y barbana del recinto almohade. Alzado.

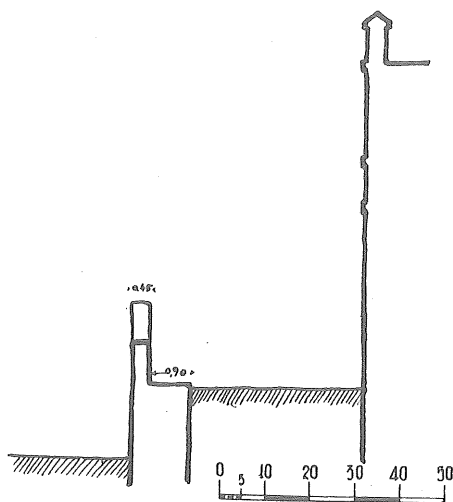
Dib. de R. Abaurre.

las Armas y la Justicia, de la Alhambra de Granada. Sin él también, repiten el tipo primitivo, en los siglos XIII y XIV, las del



Sevilla. — Torre, murallas y barbana del recinto almohade. Planta.

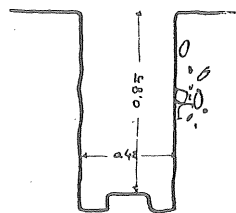
Plano de R. Abaurre.



Sevilla. — Torre y barbacana del recinto almohade. Sección transversal.

das, albarranas y finales de una coracha. En Extremadura hay otras varias análogas, de época musulmana, como la de Cáceres, que se reproduce.

Hija de la de Espantaperros parece ser la popular Torre del Oro, de Sevilla, dodecagonal, construída en el año 617 = 1220-1221, algo mayor y más decorada que su supuesto modelo, y que muestra además mayor perfeccionamiento en la colocación de la escalera, situada en el núcleo central, como si se hubiera corregido la viciosa disposición que tiene en la torre de Badajoz ¹. Idéntico es en las dos el sistema de abovedamiento de las partes comprendidas entre el núcleo central y el muro exterior, alternando



Sevilla. — Recinto almohade. Detalle del espacio comprendido entre dos almenas.

¹ L. Torres Balbás, *Las torres del Oro y de la Plata, en Sevilla* (*Archivo Español de Arte y Arqueología*, XXIX (Madrid, 1934), pp. 89-104), y *La Torre del Oro, de Sevilla*, apud *Crónica Arqueológica de la España musulmana*, I (AL-ANDALUS, II [1934]), p. 372.

las boveditas de arista, de planta cuadrada o rectangular, con las triangulares. Recordemos, sin que de ello trate de sacar consecuencia alguna, que éste es el procedimiento que, mucho más en grande y acusando las aristas con nervios moldurados, se utilizó algunos años después para cubrir la girola de la catedral de Toledo, resolviendo de una manera perfecta, como en ninguna otra iglesia francesa, el problema de su abovedamiento.

El gran saliente, respecto al recinto, de la torre de Espantaperros, puede justificarse por la conveniencia de proteger y dominar, a la vez, el barrio situado a su pie. Queda la sospecha de que su cuerpo alto, encerrado dentro del mudéjar hoy visible, se utilizara como alminar para que el almuédano llamara a la oración desde su terraza, ya que no pudo servir de linterna, como el de la Torre del Oro. Tal vez la campana que en ella hubo en tiempos cristianos sustituyó, como en tantos otros alminares, a las voces del almuédano, que recordaban a los musulmanes las cinco horas diarias de su rezo.

Es interesante señalar en esta fortificación de Badajoz las dos corachas que encierran completamente la falda del cerro comprendida entre la muralla de la alcazaba y el Guadiana. Esa disposición impedía a los asaltantes atacar la ciudad por la orilla del río inmediata a aquélla, y facilitaba a los defensores de la alcazaba su aprovisionamiento de agua. Una coracha que llega hasta la misma orilla del río hay también en Toledo, junto al puente de San Martín, y en otras fortificaciones españolas, pero no recuerdo ninguna en la que se duplique, como en ésta, para reforzar la defensa. La comunicación entre el recinto de la alcazaba y el espacio comprendido entre las dos corachas se hacía por una puerta sencilla o postigo, ya que daba acceso a un recinto murado.

Toda la obra almohade de la alcazaba de Badajoz parece estar hecha precipitadamente, sin esmero alguno. Como en el *ribāt* de Tīṭ, en Marruecos, cuyo recinto es de mediados del siglo XII¹, la sillería se utilizó en el extremeño exclusivamente

¹ *L'art hispano-mauresquē des origines au XIII^e siècle*, par Henri Terrasse (Paris, 1922), p. 296.

como un enchapado decorativo. Bastantes de los sillares que paramentan los frentes de las puertas del Capitel y del Apendiz (?) debieron de proceder de construcciones anteriores. En la Península, los almohades procuran emplear en sus edificios la menor cantidad posible de piedra sillería, y aun ésta ya labrada, si encuentran un lugar de donde expoliarla. Cuando Abū Ya^cqūb Yūsuf empieza a construir el alminar de la gran mezquita aljama de Sevilla — la Giralda — utiliza para su basamento sillares de la muralla del palacio de Ibn ^cAbbād, en la misma ciudad ¹.

El obispo don Alonso Manrique (1499-1516?) convirtió al cristianismo a los últimos musulmanes que quedaban en Badajoz, dándoles generosamente su propio apellido ². En el año 1611 la expulsión general de los moriscos alcanzó a 350 personas, que ocupaban 80 casas de la ciudad ³. Se sucedieron muchos años — siglos — de olvido de sus viejos anales, mientras que las fortificaciones almohades ayudaban aún a resistir fuertes y repetidos asaltos. Un ilustrado canónigo, cuya obra histórica se cita en varias de las páginas anteriores, escribía, a fines del siglo XVII — en la ciudad que fué corte de Muḥammad b. ^cAbd Allāh al-Muzaffar, autor de una enciclopedia en cincuenta volúmenes ⁴ —, que «durmieron mucho las letras entre la barbaridad de los moros» ⁵.

Poco antes aún se conservaban en pie casas y templos en el interior de la alcazaba, menos poblada que en la Edad Media, ya que bastantes de sus antiguas viviendas eran huertos y solares. Quien sufrió en Badajoz los estragos de la guerra de separación de Portugal, iniciada en 1640, y, sobre todo, su cerco y asaltos en 1657-1658, citaba elegíacamente, en fecha posterior y como cosa pasada, los jardines, vergeles, huertas, alamedas, viñas y olivares de la alcazaba, que antes «representaban un nuevo Paraíso» ⁶.

¹ Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes*, p. 117.

² Dosma, *op. cit.*, p. 159.

³ Fray Jaime Bleda, *Coronica de los moros de España* (Valencia, 1618).

⁴ Ramón Menéndez Pidal, *La España del Cid* (Madrid, 1929), p. 87.

⁵ Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, II, pp. 317-318.

⁶ Solano de Figueroa, *op. cit.*, primera parte, I (Badajoz, 1929), p. 34.

Durante el siglo XVIII su interior, casi despoblado, debió de ser un ingrato campo de ruinas, imagen de la decadencia y pobreza de la comarca de Badajoz por entonces. La guerra de la Independencia, a comienzos del siguiente, con los reiterados asedios y asaltos a la población, acabó la obra devastadora. Desaparecida después la importancia militar del recinto alto, la ciudad fué creciendo extramuros, por la parte llana, atraídas las nuevas edificaciones por la estación del ferrocarril y las carreteras vecinas. Como en otras ciudades españolas, sus habitantes desdeñaban la acrópolis, y en el viejo solar de los monarcas añasies, y más tarde de los obispos y de gran parte de la nobleza extremeña, se instalaron en pobres casuchas y en chozas, hasta en algún aljibe subterráneo, las gentes más humildes de Badajoz. Mientras tanto, escombros e inmundicias se iban amontonando en el cerro y en sus laderas.

Hace poco tiempo, en tanto que la guerra dividía y ensangrentaba nuestro suelo, se desalojó de la alcazaba a su miserable población, y se dió comienzo a la labor de urbanizarla ¹. Después de tres siglos de olvido y abandono, parece llegado el momento de que las gentes aprendan de nuevo el camino del recinto alto, desde el que la vista se extiende por dilatados horizontes, y de que se remuevan tierras y escombros para sacar a luz los vestigios de las edificaciones que en aquel lugar, escenario de tantos hechos históricos, se han ido sucediendo ². — LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

¹ Se debió a la labor, tenaz y entusiasta, de don Manuel García de Castro, alcalde que fué de Badajoz.

² A los señores López Prudencio, Cánovas y Covarsí debo algunas de las indicaciones referentes a historia y toponimia locales que se publican en estas páginas. A don Jesús Cánovas, además, el croquis de planta de la Torre de Espantaperros y varios datos para completar los otros planos. Mi compañero el arquitecto don César Cort me ha proporcionado, generosamente, la fotografía aereométrica y el plano de la alcazaba.